

CARTA

DE DON MARCELINO DE SÁNCHEZ

PANEGIRICO

DE

SANTO TOMÁS DE AQUINO

del siglo XIII

por DON ANTONIO TERTIATUCCI

el año de 1894

EN LA IMPRIMERIA DE SAN JUAN DE MADRID

con motivo

de la solemnidad de la fiesta de San Tomás de Aquino

celebrada en el día de hoy

Con licencia de la Autoridad competente

MADRID

En la Calle de San Juan, a cargo de D. Antonio

Tertiatucci

1894

UVA. BHSC. LEG.13-2 nº1024

8

Leg 13 paquete 2

1024

CARTA

DEL

EMMO. SR. CARDENAL RAMPOLLA

1024

al Excmo. é Ilmo. Señor

ARZOBISPO-OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

Y

PANEGÍRICO

DE

SANTO TOMÁS DE AQUINO

pronunciado por el

M. R. P. FR. ANTONIO HERNANDEZ (O. P.)

el Domingo 4 de Marzo de 1894

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN JOSÉ DE MADRID

con motivo

de la solemne función dedicada al Angel de las Escuelas por cuarenta y tres
Catedráticos numerarios de la Universidad Central

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica



MADRID

IMPRESA COLONIAL, A CARGO DE G. GUTIÉRREZ
Glorieta de Atocha, 8

1894

HTCA

U/Bc LEG 13-2 nº1024



UVA. BHSC. LEG. 13-2 nº1024

Carta del Emmo. Señor Cardenal Rampolla al Excelentísimo é Ilmo. Señor Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá.

«Excmo. é Ilmo. Señor. = La noticia de un movimiento hacia la religión por parte de los Profesores de esa Universidad Central ha sido acogida por el Santo Padre con viva complacencia. Su Santidad, que aprecia de un modo particular la utilísima ocupación de quien se dedica á la enseñanza, nada desea con más ansia que ver confiado este importante cargo á quien reúne la cultura de la ciencia con los sentimientos religiosos y la práctica de la piedad. Lo que V. E. Rvma. me comunica en su carta de 18 del corriente honra á los citados Profesores y hace esperar que su número aumentará cada vez más; y el Santo Padre no duda que V. E. Rvma. ha de continuar favoreciéndoles con singular benevolencia.—En cuanto á la súplica de que V. E. se ha hecho intérprete en su expresada carta, aunque consuela ver cómo aumenta la veneración y el amor hacia Santo Tomás de Aquino, no puede ocultarse, ciertamente, que la facultad solicitada se opone á los decretos de la Sagrada Liturgia. Sin embargo, el Santo Padre, para confirmar á esos Profesores de la Universidad en sus laudables propósitos, se ha dignado permitir á V. E. que celebre de Pontifical la Misa de Santo Tomás de Aquino en la próxima Dominica — *Lætare* — IV de Cuaresma. Esta extraordinaria concesión se entiende, naturalmente, concedida solo para la Misa Pontifical, debiendo celebrarse las demás misas según el rito de aquella Dominica. Asimismo el

Santo Padre, aunque generalmente no gusta de que en Congregaciones particulares y sin motivos extraordinarios, se dé la Bendición Papal, sin embargo, animado de los sentimientos anteriormente expresados, ha tenido á bien conceder á V. E. la facultad, sin que pueda delegarla á otro, de dar, después de la Misa solemne Pontifical que ha de celebrarse en dicha Dominica, la Bendición Papal con indulgencia plenaria á todos los que hayan cumplido con las condiciones exigidas en tales casos.—Las dos concesiones que tengo el gusto de comunicarle, confirmando mi telegrama de hoy, están concedidas solamente para este año, deseando Su Santidad que para lo sucesivo procuren ponerse oportunamente de acuerdo con la Sagrada Congregación de Ritos.—Con los sentimientos del más distinguido aprecio me repito de V. E. Rvma. S. S.—M. CARDENAL RAMPOLLA.—Roma 23 de Febrero de 1894.—Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. D. José María de Cos, Arzobispo-Obispo de Madrid.»

Doctrina et virtute, Solis instar, semper eluxit.

LEÓN XIII, *Cum hoc.*

Excecos. é Iluos. Señores:

SEÑORES:

Como el Sol en su inmensa carrera y por necesidad de naturaleza, escribe Santo Tomás, es causa universal de la iluminación de los cuerpos, y nada existe en el mundo de las substancias materiales que se esconda al calor fecundante de sus vivos resplandores; así, pero de un modo libre y según el orden de su Sabiduría, Dios es causa universalísima de la iluminación de nuestras almas, y nada hay encubierto en el santuario del libre albedrío que no vean los ojos de Dios, cuya eficaz mirada discierne los pensamientos más íntimos y las intenciones más ocultas del corazón.

Dios es la verdad; y la verdad de Dios es como el Sol, todo luz, esplendente, universal é intensísima luz; porque no hay Dios sin Verbo, y el Verbo es la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y el modelo increado según el que todas las criaturas fueron hechas y criadas. Y como sin el Verbo no pudo hacerse nada de cuanto ha sido hecho, porque era la palabra interior de Dios; y en Él están además encerrados los tesoros de aquella Sabiduría inefable, todo verdad y misericordia, que lleva con enérgica suavidad las cosas ínfimas por las medias y las medias por las supremas á sus fines respectivos, de aquí es que en el Verbo se enlazan, subsisten y se

armonizan todos los órdenes del ser, vivir, entender y amar; el ser de naturaleza, el ser de la gracia y el ser de la gloria; la vida física y natural, la vida espiritual y divina y la vida eterna y bienaventurada; el conocimiento adquirido por demostración, los esplendores de la fe y la clara visión del rostro de Dios; el amor al Verbo-Creador, el amor al Verbo-Redentor y el amor al Verbo-Glorificador.

Estos diversos grados del ser por los cuales ascendemos de la nada á la existencia, de la culpa á la gracia, de la gracia á la gloria; estas distintas fases de la vida que en nosotros se va desenvolviendo, marcan aquellas jornadas del espíritu de que nos habla San Pablo; jornadas que de transformación en transformación nos llevan hasta ser, por el conocimiento y el amor, una misma cosa con el Verbo, así como el Padre y el Verbo lo son por naturaleza; que «el fin supremo del hombre,» dice San Agustín, «consiste en el conocimiento, amor y posesión de Dios.» (*Creatus est homo ut Deum cognosceret, cognoscendo amaret, amando possideret.....*)

Para que este designio amoroso de la divina Providencia se realizara en nosotros, Aquél por quien todas las cosas fueron criadas, descendió de los cielos á la tierra; y con su venida, todas las cosas adquirieron una realidad más grandiosa y magnífica que aquella que recibido habían por creación. La restauración de las cosas, llevada á cabo por el Verbo hecho carne, se dejó sentir con más intensidad y fuerza en el hombre. El Verbo Redentor reflejó por soberana manera en nuestra alma la Verdad, la Bondad y la Belleza de Dios y luego al punto brilló en el entendimiento la fe y en la voluntad brotó la esperanza y en el corazón prendieron las llamas de aquel amor que se dirige á Dios y vuelve sus ojos misericordiosos á los demás hombres. La fe, para conservar los derechos de la razón y mirar por la dignidad de la ciencia; la esperanza de los bienes futuros, para dar estabilidad y firmeza á la voluntad en el ejercicio de las virtudes cristianas; la caridad, en fin, para ser el fundamento de la vida social.

Estas invisibles preseas que unen todas las cosas con el hombre y á los hombres entre sí, las recibimos en todo tiempo de la plenitud del Verbo Redentor, el cual, después de habernos comunicado el ser de naturaleza por Creación, nos comunica ahora su misma verdad y gracia para que el hombre sea á su vez de Jesucristo, y Jesucristo de Dios. *Omnia sunt vestra; vos autem Christi; Christus autem Dei.* Por eso antes de morir, en aquel sermón de dulce despedida llamado de la Cena, dirigió á su Padre, como Salvador de los hombres, pidiendo por todos, esta sublime plegaria: «Santifícalos, ¡oh Padre! en la verdad: la palabra tuya es la verdad misma.... Yo les enviaré al Espíritu Paráclito que les enseñe toda verdad.... y la verdad los hará libres.» (SAN JUAN. Palabras de los cap. 8, 16 y 17.)

Esta oración, que ningún hombre puede repetir porque es propia y exclusiva de un hombre que es á un tiempo mismo Dios, es á manera de armonioso canto que se oye en el tiempo y llena los espacios, pero que viene ya resonando desde la eternidad; porque Jesucristo era ayer, es hoy y será en todos los siglos. «Yo les enviaré, dice, al Espíritu Paráclito que les enseñe toda verdad:» y al eco de esta palabra, y en esta promesa divina, como sobre incommovible fundamento asentada, se levanta la columna y suprema Maestra de la verdad, la Iglesia Católica, á quien ha sido concedido el poder de enseñar á las naciones la verdad que las hace libres y la salvación y luz de la eterna sabiduría. Nadie puede disputarla este derecho ni poner obstáculos á su acción evangelizadora sin ser responsable ante el tribunal de Dios y ante el tribunal de la historia.

Mas, para que los hombres, á quienes la verdad había libertado, por la verdad fueran conservados y los frutos de las celestiales doctrinas, por los cuales adquirió el género humano la salud, durasen mientras se revuelva la rueda de los siglos y más allá, Jesucristo instituyó en la Iglesia, por Él fundada, un magisterio perenne para esclarecer los entendimientos con la luz de la verdad y luchar

perpétuamente con los errores. Y ved aquí porqué la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo, mientras sea, que será siempre, siempre resistirá incólume á las contradicciones del error. Los heróicos defensores de la verdad permanecerán incansables en sus puestos de honor; y en pos de unos vendrán otros, sin que jamás termine ese glorioso desfile de la ciencia y del saber. «Yo les enviaré al Espíritu Paráclito que les enseñe toda verdad;» y..... pasarán los cielos y la tierra, pero esas palabras no pasarán; se eclipsará el sol y las estrellas, apagándose, dejarán de esmaltar la azulada bóveda; pero la luz de la verdad seguirá alumbrando las almas y regalando suavemente los corazones con la apacibilidad de sus fulgores.

Dios, que desde el cielo vela continuamente sobre su Iglesia, y «que en la cadena de los tiempos la enriquece con nuevos beneficios y la provee de esforzados adalides según la necesidad, envió, allá, en la edad media, cuando en su odio á la verdad el error avanzaba más de lo ordinario, á un gloriosísimo Doctor que con ingenio excelente, asiduo estudio, grandes trabajos y vigiliass y mucha oración, sacó triunfante á la verdad en todas sus luchas con el error y nos legó después esa misma verdad, con brillantez explicada en sus escritos, monumentos imperecederos de la ciencia.» (SIXTO V. *Bulla-Triumphantis*).

Contemplad ya, Señores, os diré con uno de vuestros sabios (1), «el ingenio más grande, más vasto y profundo que ha atravesado los siglos, aquel cuya mente sondeó más que nadie los misterios de la Religión y las profundidades de la ciencia, el genio de la razón y de la fe, el verdadero maestro de los que saben, el ángel de las escuelas, el grande, el sublime, el incomparable Santo Tomás de Aquino.»

¡Santo Tomás! habeis querido que yo haga su elogio; tanto valdría querer condensar en un solo punto la luz desparramada en los espacios. Solo pronunciar su nombre, ¡su nombre que idolatramos todos! constituye la mejor de sus alabanzas.

(1) P. MIR, *Harmonía entre la ciencia y la fe*. Cap. 18.

«Amante únicamente de la verdad, riquísimo en la ciencia divina y humana, semejante al sol, Santo Tomás, dice León XIII (1), reanimó al mundo con el calor de sus virtudes y lo llenó con los resplandores de su doctrina; siendo, por lo tanto, el modelo en quien debe fijar de continuo su mirada el sabio cristiano.» Este es mi pensamiento.

La Virgen Santísima, á quien Tomás desde niño tanto amó, me conceda su inspiración.

AVE MARÍA.

«Dichoso el hombre que ha adquirido la sabiduría. Su adquisición vale más que la de la plata, y sus frutos son más preciosos que el oro acendrado. Las cosas más excel-sas y apreciadas no son dignas de mentarse en su cotejo, ni pueden parangonarse con ella los más brillantes coloridos de la India, ni el tan estimado topacio de Etiopía; no se le igualará el diamante, ni será cambiada por vasos de oro finísimo. En su mano derecha trae la larga vida; y las riquezas y la gloria en su izquierda. Sus caminos son caminos deliciosos, y llenas de paz todas sus sendas. Hijo mío: nunca pierdas de vista estas cosas; y aplica todos tus esfuerzos para alcanzar la sabiduría. Ella te ensalzará, te llenará de gloria cuando la estreches en tus brazos, añadirá adornos graciosos á tu cabeza y ceñirá tus sienes con esclarecida diadema.»

Con estas tan sencillas como profundas palabras de los libros sagrados, nos convida el Espíritu Santo al banquete de la celestial sabiduría. Mas «¿en dónde se halla? y ¿cuál es el lugar en que reside la inteligencia? El hombre no conoce su valor, escribe Job (2), ni ella se halla en tierra de los que viven en delicias. El abismo de la tierra dice: No está dentro de mí; y el mar afirma: Ni conmigo. Pues, ¿de dónde viene y cuál es su morada? El camino para hallarla Dios le sabe, y El es quien tiene conocida la morada de la

(1) *Æterni Patris.*

(2) *JOB, 28.*

sabiduría.» «Cuando prescribía leyes á las lluvias y señalaba el camino á las fulgurantes tempestades, entonces la contempló Dios como un eterno modelo al cual debían conformarse todos los predestinados; y la manifestó á los ángeles y al primer hombre; y la estableció como guía de ellos; y descubrió sus arcanos por medio del Verbo Encarnado, que, siendo el camino, la verdad y la vida de la humanidad, dijo á los hombres todos: «la verdadera sabiduría consiste en temer al Señor y honrarle, y la inteligencia en apartarse de lo malo. *Timor Domini ipsa est sapientia: et recedere á malo, intelligentia.*»

De todo lo cual se deduce, como las consecuencias de sus principios, como los colores aparecen al vibrar la luz, que aquella sabiduría, que enaltece al hombre hasta tocar con los ángeles y hace que su memoria se dilate resplandeciente de gloria en la prolongación de los siglos, comprende dentro de sí encerradas dos partes esenciales: la verdad en el orden especulativo, y la verdad en el orden moral; la verdad conocida y la verdad practicada; la verdad dirigiendo las especulaciones del entendimiento y la bondad extendiendo el cetro de un dominio santo sobre todas nuestras acciones. Porque, todo, absolutamente todo, los descubrimientos en el campo de las ciencias, las conquistas en la república de las letras, los adelantos y progresos en las artes, cuanto es dado al hombre investigar, cae bajo la obediencia del gran mandato. *Stote perfecti sicut et Pater vester cælestis perfectus est.* (MATTH. 5.)

Y aquí encontramos también la razón y el porqué la luz de la sabiduría, al brillar en las alturas del entendimiento, tiene por necesidad que envolver entre sus resplandores á la voluntad y á todos los actos imperados por el libre albedrío. Que no es lo mismo saber que ser verdadero sabio; y el hombre de la ciencia se distingue del hombre de la sabiduría. Adquirir conocimientos; acumular más y más doctrinas; deducir unas verdades de otras, y estudiar las relaciones que las unen y encadenan entre sí; penetrar en las entrañas de la tierra para arrancar á la naturaleza sus secretos; remontarse allá arriba, al mundo astronómico,

que á millones de leguas nos rodea, para ver sus movimientos y determinar sus velocidades y medir sus distancias y adivinar sus formas; seguir, en una palabra, la marcha progresiva y ascendente de la ciencia en general, es de suyo cosa muy buena y laudable y de admiración y aplauso digna y hará del hombre, si así os place, un gigante del humano saber, por la extensión verdaderamente enciclopédica de sus conocimientos; pero, nunca, jamás formará un sabio. La idea de sabio lleva en sus entrañas algo más: al conocimiento perfecto añade la continencia del espíritu en los justos límites de la razón ilustrada por la luz de lo alto, la humildad de corazón, la firmeza en la verdad, la rectitud en el juicio, la bondad en las obras. Escrito está que «no entrará la sabiduría en el corazón del malvado ni fijará jamás su morada en un cuerpo sometido á pecados.» (*Sap.* 1).

Por eso, el que solo se limita á enriquecer su inteligencia con verdades, no es más que sabio á medias; pero el que además de conocer la verdad, la pone en ejecución, cuando el deber llama, éste es sabio perfecto. «En un sentido altamente filosófico,» exclama el P. Félix, «no hay exageración alguna en decir que para ser un hombre verdaderamente sabio es preciso que sea verdaderamente virtuoso; porque jamás la inteligencia humana contrae alianza estable y perfecta con la verdad, sino cuando la voluntad se une indisolublemente con el bien; y primero se separarán de un rayo de sol la luz y el calor que la acompañan, antes que la verdad y el bien rompan en pedazos la amorosa lazada que los estrecha en el fondo de nuestra alma lo mismo que en las profundidades de Dios.» No cabe duda: sin la buena y recta voluntad, el buen entendimiento no es guía seguro para llegar al término venturoso prefijado al hombre.

Que la grandeza de nuestra inteligencia, «reflejo y lumbré de la claridad de Dios,» como la llama Santo Tomás, es realmente incomparable y su fuerza verdaderamente portentosa, ¿quién lo niega? si amantes del verdadero progreso en sus tres grandes manifestaciones, nos gloriamos

con los adelantos modernos en las ciencias, y con las aplicaciones de las artes en la industria, la cual, así favorecida, desarrolla á su vez y acrecienta el comercio en tanto grado que los hombres de aquí pueden juntar con las riquezas de los de allí las suyas propias? ¿quién no sabe esto y alaba y bendice á Dios, que *nos ha hecho poco inferiores á los ángeles?* Pero qué poco sabe el hombre, siquiera sea de aquéllos que en una sola verdad ven de un solo golpe de vista muchedumbre de verdades, si no ha aprendido más que esto é ignora que lo que por sí solo constituye la más alta y gloriosa filosofía es el amor de Dios. *Dilectio Dei honorabilis sapientia.* (*Eccles.* 1).

Pues esta filosofía, que tiene por principio el temor santo de Dios, no enorgullece, ni conduce á los hombres al desvanecimiento; antes bien, es modesta y sencilla y les proporciona las delectaciones más puras. Esta filosofía, que ilustra y vivifica, no tiene su abolengo en la tierra, desciende del Padre de las luces; porque el «Dios de las virtudes es el Señor de las ciencias.» Esta filosofía, que, cual irradiación de la Verdad Suprema, cae, atravesando el mundo de los ángeles, sobre la inteligencia del hombre para abrillantarla más, es la que forma los verdaderos sabios. Y el sabio cristiano mira á Dios como término final de todas sus acciones. Busca á Dios en la ciencia lo mismo que en la virtud, porque Dios es Sabiduría eterna y Bondad suma; le busca en la verdad y en el bien, porque Dios es Santidad por esencia y Verdad increada; y, sobre todo, le entrega la dirección de su inteligencia y el gobierno de su corazón, porque Dios es «Aquél sin cuya voluntad no puede salir de nuestra boca una palabra profundamente sentida; Aquél sin cuya inspiración no puede brillar en nuestro espíritu una idea luminosa, ni un pensamiento de verdad y libertad alumbrar nuestra alma» (1). Dios en la ciencia; Dios en los pensamientos y deseos de los hombres; Dios en la inteligencia y en el corazón de los sabios; ¿acaso no fué esta la suprema aspiración que llenó la vida toda

(1) SCHELLING.

del Santo Doctor cuya festividad hoy nos congrega?

Mirad: cumplido apenas el primer lustro de su vida, el hijo de los Condes de Aquino fué llevado, para completar su educación, á la antigua abadía de Monte Casino, santuario de la virtud y alcázar de la ciencia; y cuando aún su razón comenzaba á emitir los primeros destellos, ya planteaba con valentía ante sus maestros la sublime cuestión de Dios. *¿Quid est Deus?* ¿quién es Dios? preguntaba con el interés más vivo, con el ardoroso anhelo de quien desea descubrir los tesoros que, para la inteligencia y el corazón, guarda escondidos la verdad. ¿Quién es Dios?... y en la respuesta de sus maestros no encontraba el sentido completamente adecuado á la idea luminosa que agitaba con divina claridad su alma. Y recorría el niño los sombríos muros, testigos de las heróicas virtudes de San Benito; y ascendía á las empinadas cimas de aquel como «nuevo Sinaí,» para interrogar á las criaturas todas por su Dios. ¿Quién es Dios?... y la tierra le respondía: *yo represento su fecundidad*, y los cielos: *nosotros cantamos su Omnipotencia*, y los mares, con el murmullo de sus olas, *le anunciaban su grandeza y majestad*. ¿Quién es Dios?... *Él nos dió vistosas galas*, decían las flores de los campos; y las aves del aire: *nosotras entonamos himnos á su gloria*; y los astros, con ritmo maravilloso, le contestaban que eran *reflejos de su claridad*; y las estrellas: *somos centellas caídas de su rozagante vestidura*. Todas las criaturas le hablaban de Dios, y Dios era por él adorado en todas las criaturas, y..... ¿Quién es Dios? repetía el niño sin cesar; porque en la misma proporción con que iba adelantando en los caminos del conocer, así se acrecentaba su amor; y cuanto más amaba, más conocía, quedando siempre ansioso de nuevos conocimientos y de nuevos amores.

Así se vigorizó su espíritu y se templó su alma y lanzó sus primeros chispazos el genio; é inflamado el corazón, se abrieron las puertas de su inteligencia para recibir el torrente precursor de luz con que la verdad se adelantaba hacia él. A nuevas claridades, nuevos ardores; á las ideas que se fijan de un modo permanente, los sentimientos hen-

chidos de ternura; á más conocer, más amar; y por eso, los latidos, cada vez más fuertes, del corazón de Tomás en aquella tierna edad, respondían á los ecos de una inteligencia que clamaba con poderosos acentos, buscando el lugar dó se alberga en la tierra la verdad, para asegurar en su alma grande la posesión de su gloriosísimo reinado.

Dios con su dedo le señaló ese lugar de refugio, morada de grandeza,

Templo de claridad y hermosura
De innumerables luces adornado,

donde asienta sus reales la verdad. Y Tomás..... como el ciervo acosado por la sed corre con ardor á los claros manantiales de las aguas para refrigerarse, con más presteza aún, deja las celebérrimas escuelas de los Benedictinos, parte para Nápoles, atraviesa «aquel paraíso terrenal de terrenales delicias,» sin que le asorde el rumor de sus orgías, sin conocer otra senda que la que conduce y guía á las aulas; y acompañado de la virtud, que es su ángel bueno, y por su luz y fuerza sostenido, llega al Santuario de la Verdad. «Quítate el calzado de los piés,» dijo el Señor á Moisés, cuando éste se acercaba á la zarza que estaba ardiendo y no se consumía (1). Tomás oye también la voz del Señor; y para poder ser «uno de los corderillos del santo rebaño que condujo Domingo por el camino en que se fortifica el alma que no se extravía» (2) como de sí mismo canta Santo Tomás en los inmortales tercetos de la divina Comedia, troca la rica vestidura del magnate por el pobre hábito de religioso, arrojando lejos de sí los timbres y blasones de su ilustre y nobilísima familia. Y forma en las filas de los Hijos de Domingo y milita bajo el pabellón de la Orden de Predicadores, precisamente porque es la «Orden de la Verdad,» porque llena las aspiraciones de su genio, porque en ella, y solo en ella, podrá realizar su misión providencial; puesto que es Orden expresamen-

(1) *Exod.* 3.

(2) *Paraíso.* Canto X.

te fundada, cual inexpugnable alcázar, para defensa de la verdad, para esclarecimiento de la verdad, para perfeccionamiento de la verdad, para que la verdad, siendo lo que ella es en sí misma, sea de igual modo en todas las cosas.

Tomás ha penetrado en el recinto sagrado del Templo de la Verdad..... Bien pronto la estrella que brilla en la frente de Santo Domingo le descubrirá con sus vivísimos fulgores lo más oculto de la sabiduría. Era de verle prepararse para esta revelación suprema con la práctica de todas las virtudes. La oración y el estudio, el silencio y la humildad, la pureza y el amor. La oración de Tomás, un éxtasis..... como el suspiro de un alma abrasada en el fuego del amor divino. Su estudio, asídúo, constante, nunca interrumpido; sabía demasiado que el espíritu de inteligencia no desciende sobre el alma del perezoso. Su extremado silencio, la más alta prueba de su valer; y ¡Tomás valía tanto que no ha reconocido jamás competidores! Su humildad profunda, hasta sufrir con alegría de corazón las humillaciones de sus condiscípulos que le apellidaban con la irónica frase de «Buey mudo de Sicilia.» Su pureza aventaja á la de los mismos ángeles, por el mérito que se obtiene en la lucha; y ¡qué lucha tan terrible la de Tomás! Su amor, en fin, ¡ah!.... yo no sé decir lo que Tomás amando sentiría; pero su amor tierno, ardiente, acendrado, vehementísimo, ahí palpitando está en su Exposición sobre el Libro de los sagrados Cantares; ahí resuena con sobrehumanas y arrobadoras armonías en ese oficio del Corpus Christi, con que la Iglesia católica celebra alborozada las glorias del Sacramento del Amor.

Ataviado con estas ricas joyas de mística refulgencia, camina Tomás á la cumbre de la sabiduría; esparciendo por todas partes el buen olor de Jesucristo, es como se dispone para recibir la luz maravillosa que viene de los cielos. Que la santidad es la preparación próxima é inmediata que ha de tener el hombre, si quiere recrear su espíritu con las armonías sublimes de la verdad, que no son otra cosa más que las resonancias del pensamiento divino, los ecos del Verbo de Dios.

Yo no afirmaré que el hombre, en el hecho de ser virtuoso, y por serlo, ha de ser ya de talento, no; pero aseguro que la virtud aumenta y perfecciona el talento donde quiera que lo encuentra. «La virtud,» dice León XIII hablando de Santo Tomás, «es poderosa ayuda del ingenio y excelente preparación del ánimo, que allana el camino de la sabiduría.» (*Est autem virtus ad periclitandas ingenii vires adipiscendamque doctrinam præparatio optima*) (1). «La castidad sobre todo», enseña el Angel de las Escuelas (2), «es el gran auxiliar de la ciencia; porque dispone al hombre al perfeccionamiento de su operación intelectual, que de suyo reclama tranquilidad y reposo, serenidad y calma.» Que, «*non in commotione Dominus,*» ni en la superficie encrespada de bramador lago se refleja el sol, ni se ven brillar las estrellas, sino á través de un cielo puro y transparente. Y por lo que á la humildad se refiere, ella es la mayor defensa contra los extravíos del genio; porque «Dios, que oculta los tesoros de su ciencia á los soberbios, los distribuye con munificencia á los humildes de corazón.» (JACOB. 4).

Así pues, de esta manera, adornado de virtudes y reverberando la luz del genio, Tomás espera oír los oráculos del Señor. El día de su Pentecostés iba á alborear. Alberto Magno, afrontando el porvenir, lanzado había sobre los siglos futuros el anuncio de lo que sería el alumno más aventajado que en sus escuelas había florecido; y la predicción del gran maestro tenía que cumplirse en el humilde discípulo. «¡Ah! nosotros le llamamos Buey mudo, pero.....

Un día llegará ¡glorioso día!
En que el orbe á sus plantas prosternado
Le aclamará su salvador y guía.
El genio del error será humillado.
El dogma triunfará de la herejía;
Y su saber doquiera sublimado
Le llamarán el ángel de la ciencia,
Por su pureza y vasta inteligencia.

(1) *Breve. Cum hoc.*

(2) *Summ. Theol.* 2-2, q. 15, 3.

Ese día llegó para Tomás. Tomás siente que la verdad en el lleno de su esplendor se adelanta hacia él, y sale á su encuentro. El Profeta Ezequiel (1) contempló en visión sublime una grande águila y de grandes alas y de miembros muy robustos y extendidos, llena de plumas de varios colores, que vino al Líbano y se llevó lo mejor del cedro y arrancó la punta de sus renuevos para plantarla en buena tierra; y luego que hubo brotado, se vistió de frondosidad y ramaje y dió sazonados frutos. Así Tomás, angel de pureza y humildad, levanta del polvo de la tierra su frente pensadora, extiende sus vigorosas y pujantes alas, y, conducido por la fe, cruza la región serena del aire, surca las olas impalpables del mar etéreo por donde la luz circula, traspone los aledaños del mundo material, penetra en el mundo inmaterial de los espíritus, y, cual águila audaz y altiva á quien Dios mismo luz á sus ojos da, lanza el atrevido vuelo hasta la cima de aquel místico Líbano, hasta la cumbre altísima de la verdad, para beber allí, en su misma perenne fuente, aquella sabiduría suya, imágen del Verbo de Dios, que después había de fertilizar, derramada en purísimos raudales, la tierra y el mar, los astros y el mundo.

«¡Oh! Señor de todas las cosas y autor de toda verdad,» exclama prosternado Tomás, «dame la sabiduría que asiste á tu trono, dame á ese tu divino Verbo, que sabe todas las cosas y es el principio y fin de toda ciencia y el que corrige á los sabios, guiándolos siempre por caminos rectos y seguros.» Y Dios, que dijo á Salomón: «por cuanto no has pedido honras, ni riquezas, ni longura de días, sino la sabiduría, sabiduría y ciencia te son dadas» (2); ciencia y sabiduría concedió á Tomás. Un rayo de luz que procedía del Verbo de Dios, fuente de la sabiduría en las alturas, le descubrió entonces toda verdad. Sí; en las alturas del Verbo de Dios aprendió Tomás toda ciencia y conoció toda verdad: las verdades reveladas por Dios, que poseen

(1) *Ezech.*, 17.

(2) *3. Reg.*, 3.

los caracteres de certeza absoluta, y las verdades evidentemente demostradas por la razón del hombre; la ciencia teológica y la ciencia filosófica en todos los ramos del saber. Porque si la filosofía, que á todas las ciencias humanas sustenta, dándoles los principios generales que las dirigen, tiene en la misma razón natural su causa eficiente, es, no obstante, de origen divino, desciende de lo alto; puesto que la causa primera eficiente de la filosofía es Dios, autor de la naturaleza y de la revelación, lazo que une á todas las verdades, centro hacia donde convergen todas las ciencias.

Allí, en las alturas del Verbo de Dios, comprendió Tomás el orden que maravillosamente resplandece en las diversas esferas de la verdad. Dios preside en su pensamiento y es el punto de partida en sus jornadas.

Santo Tomás estudia al Ser divino, actualidad pura y simplicísima en su esencia, que excluye toda composición y distinción de partes, y en su mismo acto de existir que es necesario y eterno. Le estudia en la manifestación de su vida para hacernos ver como en Dios el poder, la sabiduría, la verdad, la bondad, la belleza, la santidad, el amor, todas sus perfecciones, son perfecciones infinitas, sustanciales, su misma esencia, El mismo, sér absolutamente necesario, eterno, omnipotente, uno. Le estudia, en fin, en el desarrollo interno de su esencia increada por medio de procesiones eternas y de relaciones subsistentes, que determinan *ab intrinseco* aquellas nociones y propiedades por las cuales el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son tres personas distintas y un solo Dios verdadero. El estudio de Santo Tomás sobre el Dios Uno y Trino, es un estudio acabado y perfecto, en cuanto es dado al hombre mortal penetrar en aquel Tabernáculo, inaccesible aún á los mismos ángeles.

Santo Tomás contempla después el paso de Dios al mundo externo, la creación *ex nihilo*, al Ser absoluto y necesario en presencia del ser relativo y contingente, creado de la nada por la libre y omnipotente voluntad de Dios; y señalando la distinción absoluta y distancia infinita que

existe entre Dios Creador y sus criaturas, suministra armas bien templadas para cortar la cabeza al error-madre de todos los errores; al Panteísmo.

El mundo de los seres puramente espirituales y del todo incorpóreos preséntase á sus ojos tal cual es: distribuído ordenadamente en coros y jerarquías y tan poblado y variado en sus dilatados términos que los ángeles son «en gran número» y constituyendo cada uno de ellos un individuo, no hay, sin embargo, dos de la misma especie. Santo Tomás estudia la naturaleza perfectísima de los ángeles, su vida de inteligencia y amor, su acto propio, que es entender, la manera tranquila con que entran en posesión de la verdad, la extensión de sus conocimientos, las iluminaciones de los superiores á los inferiores, sus comunicaciones entre sí y con las criaturas corpóreas; y, aunque su existencia actual no es su misma esencia, el ángel fué perfecto en sus caminos desde el día de su creación.

Desde el mundo invisible de los espíritus desciende el Angel de las Escuelas al mundo visible de los cuerpos. Paróse; y en su explicación sobre los seis días del Génesis, se registra lo firme de la Geología moderna y lo más estable de la Astronomía y la Física. Y á partir del átomo puesto á los bordes de la nada, estudia las substancias materiales que son y los seres que viven y los vivientes que sienten, hasta llegar al hombre, que es, vive, piensa y ama; siendo á la vez materia y espíritu, lazo de unión entre el mundo de las substancias corpóreas y las substancias puramente espirituales. Santo Tomás establece la inmaterialidad, simplicidad, espiritualidad é inmortalidad del alma humana sobre demostraciones firmísimas; y á sus profundas teorías acerca del origen del alma racional y de su manera de unión con el cuerpo, responden las teorías elevadas sobre el origen y naturaleza de las ideas y sobre la naturaleza, orden y clasificación de las diversas facultades de que el hombre está dotado.

Santo Tomás señala las leyes generales del Universo y explica cómo lo que es superior gobierna á lo que es infe-

rior y cómo la materia se perfecciona bajo la acción del espíritu y cómo todos los seres llegan al colmo de su perfección, realizando su destino, bajo la influencia omnipotente de Dios que todo lo ordena y dispone con fortaleza y suavidad. De esta subordinación y encadenamiento de los seres arrancaban las armonías de la Creación, que fueron pronto perturbadas por el abuso de la libertad creada, que no guardando en sus acciones el debido orden, introdujo el desconcierto en la obra de Dios. El ángel en aquel estado de «Viador,» se rebeló y cayó; y al caer arrastra consigo al hombre. Y «apenas el hombre, vencido del orgullo,» dice el Cantor del Paraíso, «hubo comido de la fruta prohibida, la tierra se estremeció hasta lo profundo de sus entrañas; la naturaleza exhaló un gemido; el cielo se oscureció, estalló el rayo, y gruesas gotas, á manera de tristes lágrimas, cayeron sobre la tierra deshonorada.» (*Paradise Lost Book IX.*)

Santo Tomás contempla entonces al Verbo Creador, que se pone en camino para venir á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra; y escudriñando los misterios de la Encarnación reparadora y dilucidando los artículos de nuestro «Credo,» desenvuelve á nuestros ojos en grandioso cuadro la Divinidad, la doctrina, el ejemplo, el sacrificio, la obra de la Redención llevada á cabo por Jesucristo, el cual, si en cuanto Dios es nuestro último fin, es en cuanto hombre el medio para conseguirlo.

Santo Tomás apodérase luego del hombre para sorprender los secretos de su corazón, y señala con la mano, clasificándolos, ese tropel de deseos y aspiraciones que lo agitan y conturban y cuya manifestación toma tan variadas fases. Para Santo Tomás las pasiones son de suyo indiferentes en la esfera moral; y vienen á ser buenas ó malas, según que el bien por ellas apetecido sea real y verdadero ó falso y sólo bien en la apariencia; y coloca la distinción que hay entre ellas en la mayor ó menor dificultad que se encuentra en conseguir el bien y evitar el mal y en que este bien á que tiende el apetito sensitivo esté más ó menos presente y se halle dentro ó fuera del alcance del sujeto.

Santo Tomás coloca las virtudes cardinales y las virtudes morales, que de ellas se derivan, al lado de los siete pecados capitales, que son como las fuentes de donde se originan los demás vicios; junto al hombre caído, el hombre levantado de su postración por la gracia, con la cual no sufre menoscabo ni se amengua su libertad; antes bien, la más alta perfección de ésta consiste precisamente en la eficacia intrínseca de aquélla. Y con la gracia que nos hace hijos de Dios y herederos del cielo y los medios ordinarios por donde se nos comunica, que son los Sacramentos, señaladamente la Sagrada Eucaristía, Santo Tomás enumera los hábitos y virtudes sobrenaturales que facilitan los actos y perfeccionan las facultades del hombre; y explica de un modo admirable los frutos y dones del Espíritu Santo y las bienaventuranzas; y fija las leyes del bien obrar, esparciendo en las legislaciones humanas justicia y santidad; y todo para que el hombre marche con pasos de rectitud, sin ladearse nunca, en derechura á su último fin, que es Dios, Verdad primera y Bondad suma.

Santo Tomás, para decirlo todo de una vez, ha recorrido en vuelo, jamás igualado, las inaccesibles alturas de lo infinito y lleva encerrados en su palabra los más profundos misterios del conocer; desde el grano de arena, que toca los confines del no ser, hasta el orbe luminoso que en los espacios estelares gira; desde el orbe hasta el ángel, que asiste al trono de Dios; desde el ángel al Verbo increado, «hecho carne,» Jesucristo, por quien fuimos llamados, y llamados somos justificados y justificados seremos glorificados.

Sí; Jesucristo, Verbo de Dios humanado y en quien reside la plenitud de la sabiduría, comunicó á Tomás el espíritu de inteligencia, dióle el conocimiento de toda verdad. Y en la frente de Tomás brillan con refulgente claridad á un tiempo mismo la diadema de la ciencia humana y la corona de la ciencia divina. Y Tomás queda transformado en imagen perfecta del Verbo de Dios, en reflejo purísimo de toda verdad, es doblemente sabio; porque los conocimientos, que atesora su genio, escudado con

la virtud y las enseñanzas de la revelación mezclan entre sí sus centelleantes rayos, se comunican recíprocos resplandores, cual dos luces que, en concordancia vibratoria y sin interferencias, se refuerzan y acumulan para formar el *punto brillante*. «Que la ciencia de Santo Tomás,» dice el Papa León XIII en su inmortal Encíclica *Æterni Patris*, «es la ciencia coronada por los resplandores de la fe; es la fe robustecida por la ciencia humana; es la razón humana elevada en alas de la revelación divina á su mayor altura, no pudiendo ya levantarse á regiones más sublimes; es la revelación divina recibiendo los mayores y más poderosos auxilios que puede esperar de la razón humana.» Es la luz esplendorosa de la Verdad, que inunda en un océano de claridad todo el ser de Tomás.

¡Santo Tomás! El humilde Tomás «pide la sabiduría, y el Señor se la concede; apréndela sin ficción, y la comunica sin envidia, ni encubre su valor, puesto que es un tesoro infinito para los hombres» (1). Por eso, al derramarse en cascadas de luz desde las alturas del genio poderoso del Angel de las Escuelas, sus rayos vibrantes marchan entrelazados en todas direcciones. La Iglesia de nuestro Señor Jesucristo la recibe acariciándola, como á su doctrina propia, y ve en ella el baluarte inexpugnable para defensa de la fe. La filosofía siente en sus vastos dominios el bienhechor influjo del Aristóteles de los siglos medios; y á los pueblos alimenta el Filósofo católico por excelencia «con el pan de vida y da á beber el agua de la ciencia saludable.» Los pueblos bendicen el nombre de Tomás, porque, á diferencia de los sabios del mundo, no adula sus instintos ni arroja á Dios de su entendimiento y de su corazón; antes bien, les enseña la verdadera doctrina, donde están contenidos sus deberes y sus derechos y los conduce por la senda del legítimo progreso á la cumbre de la prosperidad. El filósofo cristiano le saluda, le canta, le glorifica y dobla la rodilla ante el Rey de las inteligencias para poner á sus plantas las coronas ganadas

(1) *Sab.*, 7.

en los gloriosos combates de la sabiduría. La Iglesia levanta un solio excelso y elevado á Tomás, y sobre el solio escribe con letras de diamante: «Este es mi Doctor querido.» Y Tomás, coronas..... más coronas y trofeos á la Iglesia, y luz y gloria á la ciencia dará; y aliento al mundo, renovándole con el calor de sus virtudes y envolviéndole con los resplandores de su sabiduría.

Pues «que se renueve y propague en todas partes esa sabiduría verdaderamente de oro de Santo Tomás,» exclama León XIII, «y se renueve y propague para defensa de la fe católica, incremento de las ciencias y bien de la sociedad.»

«La sociedad civil y doméstica,» dice el Sapiéntísimo Pontífice, «que se halla en el grave peligro que todos sabemos á causa de la peste dominante de perversas opiniones, viviría ciertamente más tranquila y más segura, si en las Universidades, Academias, Liceos y en las Escuelas se enseñase doctrina más sana y más conforme con el magisterio de la Iglesia, tal como se contiene en los escritos de Santo Tomás de Aquino. Porque todo lo que Santo Tomás enseña relativo á la genuina noción de la libertad, que hoy degenera en licencia, al origen divino de toda autoridad, á las leyes y á su fuerza, al paternal y equitativo imperio de los Príncipes supremos, á la obediencia á las potestades superiores, á la mútua caridad entre todos, tiene una fuerza grandísima é invencible para echar por tierra esos principios del nuevo derecho, que, como todos saben, son peligrosos para el tranquilo órden de las cosas y para el público bienestar.» (*Æterni Patris*).

Y por lo que al incremento de las ciencias toca, «¿hay parte de la filosofía que no haya tratado con tanta penetración como solidez el Angel de las Escuelas? Las leyes del raciocinio, Dios y las substancias incorpóreas, el hombre y las otras criaturas sensibles, los actos humanos y sus principios fueron objeto de su estudio, tan completo que nada le falta; ni la abundancia de cuestiones, ni la oportuna disposición de las partes, ni el excelente método, ni la solidez de los principios, ni la fuerza de los argumentos, ni la claridad y propiedad de lenguaje, ni la facilidad de

explicar las cosas más abstrusas» (1). Y sobre esta anchurosa base de la filosofía, ¿quién no sabe que descansa sólidamente cimentado todo el edificio de las ciencias? La filosofía es el centro del organismo científico, y de este centro reciben calor, vida, método y forma todas las ciencias humanas. Y si se observa que al compás de la filosofía marchan siempre todas las ciencias, es porque las ciencias toman sus principios informantes de las partes en que se divide la filosofía. Y así, en la Ética encuentra su base general la Economía política, y fundamento sólido las ciencias sociales, las ciencias políticas y las ciencias morales. Las ciencias matemáticas proceden de las ideas de número y extensión, combinadas con la de tiempo que estudia la Ontología. La Cosmología es la entrada para las ciencias naturales y físico-químicas, toda vez que analiza los principios esenciales de los cuerpos y busca el origen de la vida y determina las leyes generales que rigen en el Universo. Y hasta la Fisiología y la Medicina, que estudian al hombre según su naturaleza física, reciben de la Psicología luz y sostén.

Pues ahora; la Psicología de Santo Tomás perfecta; su Cosmología magnífica y grandiosa; su Ontología sublime y elevada, su Moral y Política santa, purísima, sin tacha, llena de Dios. Siendo esto así ¿quién no ve por qué el Augusto representante de Dios sobre la tierra, desde la cima de aquellas siete colinas que dominan los siglos y el mundo, ha fijado especialmente su atención en la sabiduría, verdaderamente de oro, de Santo Tomás para que las ciencias florezcan y la sociedad civil y doméstica conjure los males que la amenazan, causados por la cizaña de perversas doctrinas en su campo sembrada?

Hijos de la Iglesia Católica somos y es nuestro deber sagrado escuchar los ruegos, no desoir las súplicas y cumplir los mandatos del Padre común de los fieles. Porque León XIII ruega, suplica, manda que estudiemos la doctrina de Santo Tomás, doctrina que, entrañando en sí

(1) *Æterni Patris.*

misma la verdad que Jesucristo trajo al mundo, permanece siempre inexpugnable y victoriosa.

El cielo la inspiró; los ángeles la cultivan; y en la tierra, á los que animados del verdadero deseo de saber la practican, da el glorioso renombre de sabios. Y cielo y tierra, ángeles y hombres alternan en el concierto armonioso que por doquier resuena para enaltecer la doctrina del Angel de las Escuelas, á quien estaba reservada la palma de arrebatarse obsequios y admiración á los mismos enemigos del nombre cristiano.

El Verbo de Dios humanado rindióle homenaje cuando amante su ciencia aprobó. (*Bene scripsisti de me, Thoma.*) El almo coro de Doctores, que ha atravesado los siglos, cantó sus enseñanzas; y cuantos aplausos le han tributado á porfía el Pontificado y la ciencia han sido repetidos, confirmados y coronados por León XIII, que ha ceñido las sienes del Doctor Angélico con una nueva diadema de inmarcesible gloria. Desde la cátedra de San Pedro, en pié, echando una mirada sobre lo pasado, sobre lo presente y sobre lo porvenir, el Vicario de Jesucristo ha pronunciado las siguientes augustas palabras con la valiente entonación del que habla á la ciudad y al mundo: «Nos, para mayor gloria de Dios omnipotente y alabanza del Doctor Angélico, para adelanto de las ciencias y común utilidad de la sociedad humana, en virtud de nuestra suprema Autoridad venimos en declarar y declaramos á Santo Tomás Doctor Angélico, por Patrono de todas las Universidades, Academias, Liceos y Escuelas del mundo católico; y es nuestra voluntad que como Tal sea por todos tenido, honrado y venerado.» (*Breve. Cum hoc.*)

Lo habeis oído: León XIII es quien indica y señala á los sabios el más perfecto modelo que deben imitar. (*Sanctum Thomam.... tamquam exemplar, catholici homines intueantur. Ibidem.*)

Y á los jóvenes escolares les dice también: «estudiad la doctrina de Santo Tomás; bebed copiosa y abundantemente la sabiduría que mana en continua y riquísima vena del Angélico Doctor.»

Y á los unos y á los otros advierte que, para llegar á la cumbre de la sabiduría, es preciso recorrer los caminos de la santidad. No; la ciencia no puede ser la luz del mundo, si no anda acompañada de la virtud, que es la sal de la tierra. Y con esa luz se ahuyentan de la inteligencia las tinieblas del error; y con esa sal se precave el corazón de la corrupción de costumbres. Entonces el hombre será verdadero sabio, porque conoce la verdad y ama el bien; y en este conocimiento amoroso encontrará la mayor felicidad posible en la tierra.

¡Oh Tomás! tu ciencia es el tesoro de la Iglesia y tu virtud acrisolada hace las delicias de la piedad cristiana. Santo hermano..... danos tu bendición. Bendice al más entusiasta de tus panegiristas y al más grande de tus admiradores, á nuestro SS. Padre el Papa León XIII. Bendice á estos Excmos. é Ilmos. Señores, que, celosos propagadores de la verdad, han realzado con su presencia el esplendor de esta fiesta, en alabanza tuya celebrada. Bendice á los dignísimos Representantes del saber y al Profesorado ilustre y á la estudiosa juventud; porque, mira, en la verdad cifran sus aspiraciones todas. Bendícenos á todos y á todos condúcenos al reino inmortal, donde viviremos la verdadera vida y conoceremos toda verdad y Dios será todo en todas las cosas por su Verbo, á quien sean el honor y la gloria.



UVA. BHSC. LEG.13-2 n°1024

UVA. BHSC. LEG.13-2 n°1024

UVA. BHSC. LEG.13-2 n°1024

UVA. BHSC. LEG.13-2 n°1024